

---

## La voz de Alaíde Foppa\*

Gonzalo Celorio

**P**orque a dieciocho años de la desaparición de Alaíde Foppa “el sueño y la muerte nada tienen ya que decirse”, pienso, ahora que la recordamos, en el *Nocturno en que nada se oye* de Xavier Villaurrutia: en el “silencio desierto”.

La desaparición de Alaíde Foppa nos impuso un silencio doloroso y expectante, que se prolongó no sé por cuánto tiempo, entre una incertidumbre siniestra y una esperanza minuto a minuto más debilitada. Ese silencio inicial amordazó la protesta inmediata y si no la disuadió, al aplazarla, la fue convirtiendo en un “grito de hielo”, para seguir utilizando las imágenes desoladas de Villaurrutia.

Y el silencio es la secuela más indignante y vergonzosa de la muerte de Alaíde porque quién ignora que la razón de ser de Alaíde —poeta, crítica, maestra, traductora, periodista en la prensa y en el aire— era, precisamente, la voz.

Personalmente, lo que más recuerdo de Alaíde Foppa, de quien fui alumno en los arduos días de 1968, es su voz, el tono de su voz, tan consonante con los abalorios femeninos que a Alaíde le gustaba portar en el cuello y en el pulso con extremada elegancia. En sus labios, oí por vez primera los nombres de Giuseppe Parini, de Giacomo Leopardi, de Giovanni Verga, y por ella la literatura italiana no se me quedó en la lectura escolar de *La Comedia*, que tantos, con ascetismo inútil —diría Borges—, prefieren no leer.

Modulada y vigorosa a un tiempo; dulce y vehemente, la voz que hablaba de literatura italiana trascendía las fronteras del aula (el salón

---

\* Texto leído el 3 de diciembre de 1998, en el acto organizado por la Campaña Nacional por los Derechos Humanos de las Mujeres, Milenio Feminista, la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal.

101 de esta Facultad) y, amplificada por las frecuencias radiofónicas de nuestra Casa, debatía con seriedad y con rigor la condición y las condiciones femeninas en el *Foro de la mujer*, del cual fue fundadora.

Su trabajo en Radio Universidad tenía las características de su voz: la ponderación y la energía. Como las dos queridas Elenas que tan cerca de ella trabajaron —Urrutia y Poniatowska—, Alaíde analizó con hondura los problemas sociales y políticos de la mujer y reivindicó sus valores sin considerar al sexo opuesto como tal, sino como diverso y complementario, y pugnó por el respeto y equilibrio entre hombres y mujeres, si bien su cátedra sobre la mujer en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales fue ubicada, quién lo diría, en el área de los estudios sobre las minorías sociales.

Esa voz que no puedo olvidar, fue acallada brutalmente; fue fatalmente silenciada.

Acudo al *Nocturno en que nada se oye* de Villaurrutia y leo una cuarteta polisémica, que, al pensar en la voz apagada de Alaíde, rebasa el mero juego de palabras y cobra un sentido que se antoja *ex profeso*, como sucede con toda verdadera obra poética:

Y mi voz que madura  
Y mi voz quemadura  
Y mi bosque madura  
Y mi voz quema dura

Sí:

La voz de Alaíde madura a lo largo de la vida y sigue madurando en los oídos de quienes la escuchamos entonces y la seguimos escuchando ahora.

La voz de Alaíde quema dura, duramente, incendia y como incendio fue apagada: voz quemadura, ampolla, cicatriz.

Pero como bosque que madura, Alaíde aparece, se robustece, se ensancha y multiplica sus frutos.

Por eso, justamente por eso, estamos aquí.